

La noche de Carlota

Salvador Rueda

Laurence van Ypersele, *Una emperatriz en la noche. Correspondencia desde la locura de la emperatriz Carlota de México, febrero-junio de 1869*, México, Editorial Martha Zamora, 2010, 167 pp.

Para Susana Avilés, Isabel Orvañanos,
Óscar González Azuela
y Amparo Gómez,
preocupados por la condición humana

Quisiera invitar a leer *Una emperatriz en la noche. Correspondencia desde la locura de la emperatriz Carlota de México, febrero-junio de 1869*, al tiempo que procuro ensayar una reivindicación de la voluntad humana. Me lo permite la naturaleza misma de este libro de historia de Laurence van Ypersele, editado en castellano por Martha Zamora.

Primero la invitación. Se trata de la bien facturada oferta de un libro sin melodramas, producto del arte combinado de la historiografía

ortodoxa con el audaz asomo de la psichistoria. Es un libro metodológicamente pulcro en su tratamiento de un equívoco género epistolar, de cartas que jamás llegaron a sus destinatarios. Ypersele ofrece un ejercicio de rescate moderno de una fallida correspondencia fechada 18 meses después del triunfo de la república y contemporánea a la restauración juarista, y un año más tarde a recibir la noticia del fusilamiento de Maximiliano. Pertinente rescate, porque esta correspondencia, fuera de los límites aceptados de los métodos de la historia, además del que podemos suponer discurso médico privado que buscaba señales y diagnósticos, se leyó parcialmente en clave historiográfica. Los resultados de esta rara lectura llevaron a las fantasías románticas y a la biografía unánimemente triste de Carlota Amalia de Bélgica, emperatriz de México, convertida en víctima irredenta de la fatalidad.

En un inquietante ensayo temprano, la primera de las *Conside-*

raciones intempestivas, Friedrich Nietzsche reflexionaba sobre la imposibilidad humana para ser felices. Argumentaba que la memoria, el afán por registrar, recordar e interpretar el pasado, acumulan problemas sin solución, obstáculos morales y saberes inservibles sin solución que alejan al hombre de la felicidad que da vivir un único y alargado momento sin pretérito ni futuro. La conclusión de Nietzsche fue telúrica: estableció la inutilidad de la historia para la vida. El instinto es aplastado por la moral, según reflexionaría años después, particularmente por una cierta moral cristiana que debilita al espíritu. Como todos sabemos, Nietzsche, apenas cuatro años más joven que la princesa Carlota de Bélgica, enloqueció; también sabemos que sus escritos fueron manipulados interesadamente hasta volver la voluntad de poder y la construcción del superhombre en parte de la ideología del nacionalsocialismo alemán que quebrantó al mundo en la primera mitad del siglo xx.

Esta acción alejó a Nietzsche y su filosofía de la comprensión por dos generaciones. La locura fue alegato pseudocientífico para descalificarlo como filósofo lúcido y crítico de la realidad, mientras que la distorsión de su ideal de superhombre desencadenó la descalificación política por semejar —que no ser— en su vocabulario al que fundamentó el racismo nazi más de veinte años después de la muerte del filósofo.

Y aunque fue enfermedad penosa físicamente, nada autoriza a pensar que el proceso de extravío mental de Nietzsche fuera además tormentoso. No así el de Carlota, cuando menos no en los duros estallidos de la fantasía, pues entre febrero y junio de 1869 la ansiedad y el desasosiego la torturaron. Tormentoso. Así lo indica la lectura de las cartas que ofrece Laurence van Ypersele al comenzar su libro sobre la nocturnidad de la princesa. Su fuente fue fecunda, abundante, a pesar de que sólo ocupa medio año de la vida de Carlota: centenares, según anota la historiadora Ypersele, 245 cartas dirigidas al ilusorio amante-salvador-guardián y alterego Charles Loysel, 22 a Napoleón III y 90 sin datación. Ninguna, por supuesto, llegó a su destinatario real. La selección de escritos no fue azarosa; de entre los centenares de páginas escritas resguardadas en distintos archivos, escogió las poco menos de tres centenas de un semestre crítico. La autora de este libro explica que entre febrero y junio de 1869 Carlota se desequilibró de manera definitiva; fue, en sus palabras, la oportunidad para seguirla, “semana a semana, [en] el vertiginoso

descenso en la noche”; estas cartas, movidas por la neurosis, son su “grito de desesperación”.

Otros caminos, quizá tan arduos, como el de Nietzsche, han dibujado el perfil trágico de Carlota. La locura y la incompreensión llevaron al estremecedor dibujo de una vida que llama la atención por el irreversible camino de la extinción de la lucidez como producto de la acumulación de fracasos políticos e individuales. Nada más nostálgico, puede decirse, que la refundación, o restauración, de la dinastía Habsburgo en un país ya inclinado continentalmente por el sistema republicano; nada más tremendo que enloquecer en los pasillos del pragmatismo político expansionista de la segunda mitad del siglo XIX.

En la advertencia al lector de Martha Zamora, editora de este libro en castellano, sin autocomplacencias inicia a bocajarro: “La imagen que la mayoría de los mexicanos guarda de la emperatriz Carlota, esquemática e incompleta, tiene poco en común con la realidad. Olvidamos o desconocemos que llegó a México con escasos 24 años de edad, y salió del país para no volver más, apenas dos años después. Es por ello doblemente notable que su huella haya quedado tan grabada en la historia del país, aun cuando deformada”. Y es que, si lo vemos bien, Carlota es una construcción verbal, el agregado paciente de sorpresa y compasión —en nuestro favor diremos que no fingidas— que ha envuelto una suerte de complejo de culpa: no queremos al imperio, pero no odiamos a Carlota, la *pobrecita* Carlota. Esbozo falaz, como dice Martha

Zamora, que detiene en calificar con torpe benevolencia la biografía de una mujer que, como trataré de explicar adelante, fue perfectamente fuerte y, digámoslo a la manera de Nietzsche, feliz. Una cita pertinente de Martha Zamora indica que esa tenaz compasión mexicana tiene forma de cadena, cuyo eslabón más viejo parte de los cercanos y no de los enemigos del imperio; las calificaciones —o mejor, descalificaciones— fecundaron primero en campo conservador. Concepción Lombardo viuda de Miramón sentenció: “Probablemente los grandes estudios que había hecho esta señora, que son superiores a la capacidad de la mujer, lastimaron su cerebro. Unido a esto su gran orgullo, el ver que se desplomaba el trono en que había subido determinó la completa descomposición de su naturaleza y, poco antes de la caída del imperio, perdió el juicio”.

El prefacio de *Una emperatriz en la noche...* estuvo a cargo de Denis Jodelet. Nos adelanta las claves de la lectura: no veremos el comportamiento de la locura, sino su manifestación externa, la de las palabras que se encadenan hasta dibujar una realidad absurda. Aparecen las cartas no como confesiones involuntarias sino como el dibujo de un horizonte que sólo Carlota veía:

El poder seguir palabra a palabra la construcción de un delirio solitario y el derrumbe de un pensamiento que se deteriora en el silencio es una experiencia que llama con más fuerza, porque ese recorrido refleja el espesor de una vida cargada de historia,

derrotada por la historia. Ahí reside todo el arte de la historiadora para hacernos vivir, por medio de sus comentarios, un conjunto de cartas que son la prueba, la rendición irremediable ante la locura de un personaje de la historia de Bélgica.

Jodelet prepara al lector a enfrentarse a las cartas de Carlota desde una plataforma moderna: “[...] es derecho de la locura existir como objeto para que el historiador reivindique su autoría”. Se abre, en fin la puerta hacia la psichistoria, territorio ignoto todavía en las metodologías a la mano, pero prometedor. Razonablemente da lugar a las cartas como efecto del “delirio epistolar en el que se refugia durante su aislamiento [y que] muestra la manera en que tomó en sus manos la historia para realizar su drama privado”.

El cuerpo del libro se lee con rapidez, con apoyo de las notas a pie de página, siempre pertinentes para lectores no especializados en la biografía de Carlota ni en los pormenores del segundo imperio mexicano y sus actores. Laurence Ypersele ayuda al lector a entrar en ese horizonte abierto que son las palabras de la locura, de la coherencia aparente de un vocabulario cargado de valores políticos y religiosos, de esa mezcla de precisiones cronológicas y de nomenclaturas reales, de recuerdos claros y providencialismo extremo para entender las topografías oscuras del desequilibrio. Permítaseme poner un ejemplo, escribió Ypersele, para citar sólo uno de los párrafos, esta clave de lectura de una de las cartas dirigidas a Charles Loysel

desde Tervueren el 6 de mayo de 1869 (marcada con el número 3):

Estas interminables elaboraciones delirantes [en ocasiones suman más de diez páginas] se repiten y se amplifican, derrapan y, después, se hacen añicos. La evolución de estas ideas fijas está marcada por diferentes crisis de depresión. De hecho, los temas se repiten hasta la exasperación. De cara a la ausencia de resultados, con el sentimiento de estar reducida a la impotencia, Carlota —exhausta— se hunde en un estado de depresión más o menos violento y no parece salir más que hundiéndose más y más profundamente en sus delirios. Así, es después de una crisis de melancolía que pasa de la idea de huida a la del duelo y de proyecto del fute a los “fuetazos” reales. Sus accesos de melancolía son, sin duda, los pasajes más oscuros y patéticos de esta correspondencia. Cansada de esperar en vano, desesperada por el silencio de Loysel o llamando a la muerte para salir de su pesadilla, Carlota se debate en la noche de su cerebro.

Eran, a no dudarlo, las palabras que trazaban el horizonte de su guerra interna. No son palabras gratas, pero tampoco las deshilachadas que podrían suponerse de una mente trastocada. Por lo contrario, y de ahí la carga de tristeza para el lector, los párrafos siguen una lógica transparente, dejan ver, tras un velo, el rostro de la lucha personal en los territorios de la sinrazón.

Sin embargo, la tristeza que sedimenta en nuestra lectura, creo yo que tiene una buena dosis de legado cultural. No tanto, pues, la compasión por la pena ajena, como la compasión como uno de los rasgos de identidad cultural mexicana. Puedo afirmar que, aunque no lo sospechemos, la lectura de este libro mantendrá una filiación con lecturas y opiniones heredadas desde décadas más atrás sobre este mismo asunto. En 1939, el ensayista Enrique Fernández Ledesma publicó su compilación de textos breves en torno a una veintena de personajes relacionados con la historia del México decimonónico. El libro se llamaba, de manera sugerente, *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX*. Dedicó dos bocetos biográficos a Carlota, o para ser más precisos, al drama vital de la princesa belga y efímera emperatriz de México que tanto atrajo hasta entonces las miradas de todos y las plumas lo mismo de románticos que de maledicentes. El primer texto da cuenta de una extraña carta de la colección de documentos en la Biblioteca Nacional y remite a la sorpresa de los iniciales síntomas de la locura, “acontecimiento que por lo inesperado, impresionó hondamente a todo el mundo social del México de aquellos tiempos”. Las “penosas nuevas” circularon rápida e indiscriminadamente como todas las noticias que llaman al morbo o a la compasión. La carta, hasta entonces inédita, era resguardada con el valor que se da a los tesoros del pasado, y Fernández Ledesma no dudó en asegurar su valor histórico. Aceptar esa carta en particular como fuente exacta y confiable se-

ría hoy más difícil: ¿es original?, ¿es una copia?, ¿quién la escribió?, ¿cuándo?, ¿dónde? No tiene fecha, remitente ni destinatario. Con todo, su contenido no es impreciso, y sin duda fue la veta de infinidad de opiniones y no pocas calificaciones extremas.

Para Fernández Ledesma y sus lectores los asertos de esta carta permitieron asomarse, una década después de la muerte de Carlota en enero de 1927, al efecto de la rara enfermedad que con insidia invadió a la hasta entonces juiciosa y bien educada princesa entre sus contemporáneos, entre los que la conocieron y entre quienes a partir de entonces comenzaron a dibujar el extrañamiento que daría carácter al recuerdo que nos formaríamos de ella las generaciones posteriores. Esto es, este documento, inédito pero en su momento copiado y circulado con amplitud, corroboraba la imagen distanciada que los mexicanos armamos desde 1867 y cierra así el círculo trágico de esa vida ajena separada del mundo, figura triste y melancólica de una emperatriz desterrada que todos ubicaban en aquella otra realidad, la de la locura, realidad que hemos imaginado infernal.

El contenido de la carta llamaba al asombro. Tal fue la reacción entre aquellos que atestiguaron “el bamboleo de la razón de Carlota”; tal ha sido, hasta hoy, nuestra conducta separadora. Se veía a Carlota desde fuera... a diferencia de *Una emperatriz en la noche...*, que ajusta algunas cuentas pendientes con nuestros excesos. Por lo pronto, a partir de la lectura de los centenares de cartas que la

princesa escribió entre febrero y junio de 1869, esta novedosa perspectiva permite ver una Carlota que proyecta sus peores sueños, sus miedos y deseos profundos, dibuja desde ella misma la ruta del extrañamiento. Asimismo, desde el punto de vista de Laurence Ypersele, propone que el momento tremendo del infierno personal — mental— de Carlota posiblemente tuviese ubicación histórica en esos seis meses de 1869. Además, descubre el origen de rumores y malas intenciones que circularon, siempre en voz baja, tan baja como las pasiones que las movieron entonces, sobre la vida secreta y poco virtuosa de la princesa. Como todas las malas intenciones, por supuesto, hablaban más de los vicios privados de quienes propagaron las especies que del sujeto del vituperio y la calumnia. Me refiero, por ejemplo, a aquellas acusaciones de un amorío secreto de la princesa con un oficial francés en México, de un supuesto embarazo, de la locura como resultado de la separación del hombre amado —que no sería Maximiliano— además de la derrota imperial y la restauración republicana, todo ello como ingredientes que, para revestir del patetismo necesario a su biografía, desembocarían en la locura. La trampa, la contradicción —vemos en este libro— remite a cartas de Carlota que sus escrupulosos cuidadores (médicos, damas de compañía) guardaron por haberse escrito en las horas de crisis interna, pero que, secretos violados, se leyeron bajo ópticas metodológicas de historiador, esto es, como fuentes confiables en el sentido positi-

vista del término... Mala lectura, por supuesto, porque no son testimonios sino proyecciones de lo que hemos llamado sombras de la locura. Cuando convino, se les dio a las atormentadas palabras el valor de “razonables”, de confesión sincera y espontánea, de autoexplicación, de expiación. La locura, para estos interesados intérpretes, es efecto de la culpa.

Y aquí sí, de manera extremosa, se ha usado aquella frase de Gilbert Keith Chesterton de que “el loco pierde todo menos la razón”. La historiadora Ypersele pone las cosas en su lugar, sin inmiscuirse en los territorios de los psicoanalistas y de los psicólogos; porque, precisamente, lo que pierde el loco es la razón, y se va por oleadas, con retiros, flujos y reflujos —esto es, idas y regresos a “este lado”—, con momentos de lucidez que se interrumpen sin regularidades asibles porque siguen la extraña lógica de la realidad íntima, no la del tiempo absoluto del calendario. Vale aquí señalar una característica que salta a la vista en estas cartas desde los umbrales de la locura de Carlota: llama la atención la precisión por las fechas exactas como referencia de su memoria. Recuerda a su amante imaginado Loysel al que conoció en Puebla en un día preciso de 1865, “el más feliz de su vida” —frase que usó también en junio de 1868 para hablar de Chapultepec a la princesa Josefa de Iturbide—; lo mismo afirma que lo vio en circunstancias en apariencia sin importancia en tiempos perfectamente fijos en su memoria. Palabras que se enlazan con toda precisión gramatical, que

remiten a tiempos seguros y escritos con tal contundencia junto a hechos fantaseados o apenas esbozados que dan licencia a entender estas cartas como epistolario político puesto en práctica contra confabuladores que actuaban en la sombra. Esta inclinación por el detalle de las coordenadas cronológicas y al desaseo en el uso del nombre propio —no hablaba de sí misma en primera persona, según habría dicho la condesa de Foussemagne—, a la insistencia en saber los designios superiores como parte del plan divino, a las inquietudes místicas y los afanes de entender el papel propio en el mundo, entre otros asuntos, dibuja una mente poco común; Arthur Koestler escribió de una personalidad memorable y en esto similar lo siguiente: “El contraste entre la poca importancia dada a su nombre y su extrema precisión acerca de las fechas refleja, desde el principio, una mente para quien la realidad definitiva, la esencia de la religión, la verdad y la belleza estaban contenidas en el lenguaje de los números”. Pero Koestler escribía sobre un personaje sin duda excéntrico, pero no loco: Johannes Kepler, padre de la cosmografía científica.

Sabemos que la historia es, finalmente, un sistema de correspondencias, de articulaciones de hechos, lugares, cosas, nombres, palabras. La historia se nutre de las relaciones mentales que describen el pasado; y estas relaciones toman del contexto modelos y paradigmas, vocabularios explicativos e imágenes. En este sentido, pensar que Carlota, en la simpleza equívoca de la locura, inventaba

un complot para envenenarla y calificar el hecho llanamente como delirio de persecución, es hacer a un lado el modelo real de la fantasía patológica. Y es que la idea de las confabulaciones no era ajena a su época. Recordemos, si no, que Leonardo Sciascia escribió sobre los apuñaladores que sorprendieron a Palermo hacia finales de 1862, en el contexto de la sorda intención restauradora borbónica entre la nobleza del sur de Italia. Fue una confabulación, que el poder político y el mal escrúpulo silenciaron, a pesar de su violencia. Nada impide creer que Carlota supo del asunto, tan famoso en la Italia revuelta del resurgimiento y del garibaldismo. Aunque entonces se descubrió a los autores materiales, jamás se desenmascaró a los príncipes que planearon y pagaron ese raro intento de contraflujo aristocrático.

Regresemos un poco a Chesterton. El loco pierde la razón, por supuesto. *Esta* razón. Muchos son los ejemplos de que las producciones artísticas, epistolares o de cualquier género deberían llamar a entender la multiplicidad de realidades subjetivas, opuestas a las de la realidad objetiva del positivismo, como potencialidades de la creatividad humana. Por eso es injusto que las cartas desde la locura sean leídas como si fuesen crónicas o como correspondencia historiográficamente aceptable.

Aquella otra realidad, con sus historias, está todavía lejos de nosotros, los que presumimos “razón”. No hemos inventado las herramientas adecuadas. El problema ya ha sido planteado por

muchos pensadores, psicólogos, filósofos, médicos, antropólogos e historiadores. Recordemos si no en la inquietud que causaron los textos de Michel Foucault sobre el extrañamiento y sus discursos descalificadores a lo largo de la historia de la locura en Occidente; alguna ocasión, hará ya tres décadas, Fernand Braudel afirmó que la historiografía no ha encontrado a su Carl Jung, quien descubriría formas y movimientos de las corrientes profundas de las culturas y sus manifestaciones singulares en los individuos, el subconsciente colectivo documentable. En síntesis, la locura sólo se ha interpretado desde “este lado”, el de la razón razonante, y como ejercicio del poder; no hay historia para los locos, porque no entendemos sus discursos ni sus significados.

Quisiera concluir con una reflexión al aire. Es posible que la locura, me explicaba el historiador Enrique Roura, sea una de las formas de la satisfacción. Para entender ese camino habría que aceptar el aserto de Nietzsche que dio comienzo a esta nota bibliográfica: la satisfacción que lleva a la felicidad es la antítesis de la historia del racionalismo, del positivismo y su ética escrupulosa. Entiendo que para esta idea del mundo la derrota del individuo frente a los hechos es una ley inamovible, la paradoja de la historia de la que hablaba Nicola Chiaromonte; ésta es su lección primordial y última. Por ello niega la locura como modo de liberación del individuo de la historia y de la pesadez de la idea de destino. Me gusta pensar que Carlota enfrentó su terrible mundo íntimo en 1869,

y que lo pacificó a partir de 1879, cuando cerró la comunicación exterior. Pudo ordenar su función como mujer, princesa y emperatriz, como esposa, viuda, hija y hermana en el rudo círculo de los linajes nobles; también acomodó el papel salvífico de Napoleón, su amor bisexuado y sin culpas con un ilusorio Loysel; escapó del acoso de los envenenadores viles y se arrinconó lejos de sus carceleros-cuidadores... Las fotografías de Carlota anciana me hacen imaginarla en paz consigo misma. Quiero pensar a Carlota como vencedora por encima de las superficiales dignidades aristocráticas, más grande que las orgullosas dignidades que dibujan imaginarios protagonismos en episodios literarios memorables y, para nuestra vida, contundentes. Están en lo cierto quienes han escrito sobre ella —pienso, desde luego, en Victoriano Salado Álvarez, en Fernando del Paso o en Rodolfo Usigli, pero también en José Luis Blasio, en Conte Corti, en la carta anónima de la Biblioteca Nacional, en Enrique Fernández Ledesma y su galería de fantasmas, o en el pulcro André Castelot... también en Luis Weckmann, José Iturriaga, Martha Robles, José Fuentes Mares y en el casi medio centenar de autores que se han asomado a la relación de locura y correspondencia personal de Carlota—. Pero algo inquieta, una suerte de ausencia; es la misma persona vista por historiadores y escritores, vista como personaje histórico y como *dramatis personae*; sin embargo, en ella ya la historia había sido abolida. En este sentido, vale la pena, sólo como ejercicio de comparación, notar el con-

traste existente entre las cartas fechadas en Laecken de enero a noviembre de 1868, y las que reproduce y decodifica Laurence van Ypersele de enero a junio de 1869.

También, lo digo de manera voluntariamente impertinente, puede ensayarse la lectura inversa de los materiales de esta propuesta de Laurence Ypersele, es decir, comenzar por la lectura de las cartas que en los anexos se ofrecen, límpidas, con sus ilaciones palabra por palabra que no parecen quebrantadas pero, sumadas, descubren la gramática de la locura. En este orden invertido, leer el análisis-guía de la historiadora de Lovaina resulta esclarecedor y, sin dejar de conmover, desmarca al lector de la inclinación a juzgar y compadecer. De hecho, me parece que la fragilidad que hemos supuesto propia de la princesa aislada y enloquecida tiende a matizarse: en soledad, ciertamente, con su mente en crisis también, pero fuerte y resuelta a enfrentar desde distintas trincheras el destino providencialista, milenarista que conjeturaba inminente para ella, para Francia, para su objeto del amor y para Napoleón III.

Quiero imaginar que en su realidad Carlota cumplió su misión; no fácilmente, como podemos leer en las cartas y atendiendo a la guía de Ypersele, sino después de luchar, de esperar, de dar órdenes, de abrir el vocabulario de sus pulsiones, de intercambiarse con sus fantasías, de pasar de la ansiedad a la calma... La historiadora abre la oportunidad a pensar que con demasiada pasividad hemos leído y leemos las vidas ajenas, y nos reingresa a nuestra condición huma-

na. Este libro obliga a detenernos un poco para pararnos a la orilla de nosotros mismos y mirar al abismo, y más allá del abismo al universo, para recordar las palabras de otro loco, el poeta Fernando Pessoa... Y quiero interpretar el rostro tranquilo de la octogenaria Carlota cerca de su muerte ya en la tercera década del siglo XX; puedo imaginarla feliz porque, sola, venció a la historia.

A manera de cierre, permítaseme dirigir al nudo trágico de Carlota como herencia cultural mexicana. El otro ensayo de Fernández Ledesma de 1939 se titula “Los finales extraviados de la emperatriz”. Comienza con el segundo efecto de la carta que notificaba su locura. Al asombro siguió el escepticismo: “en México llegó a correr como válida la especie de que la Emperatriz, *consecuente con la política de su orgullo*, que no se resignaba a doblegarse ante la desaparición de la regia dignidad titular, fingía la afección mental que, por piedad a su infortunio, cultivaba y sostenía toda la familia belga y aun la misma casa de Austria”. En 1927, a partir de la noticia de la muerte de la princesa, volvió a oírse sobre esa ya larga simulación. En este pequeño texto, Fernández Ledesma busca refutar a los malintencionados. Por ejemplo, repite al vizconde de Conway al decir que los periodos lúcidos de Carlota importaban las tres cuartas partes del tiempo: “Había intermitencias en la salud de la regia demente”, anotó.

Carlota dejó de escribir y de entrar en crisis en las que rompía objetos a la mano, hacia 1870; a partir de entonces, habló poco y cla-

ro, atenta a lo que se le platicaba, pero poco involucrada en los sucesos del siglo. En 1879, en Bouchot, los momentos de lucidez comenzaron a espaciarse; regresaron los antiguos miedos al envenenamiento...

Y en las crisis álgidas, su noble espíritu, tan cultivado y exquisito en otros tiempos, sufría ofuscaciones que se traducían en atentados contra los objetos más queridos que rodeaban su vida: un corte de tijera en una tela de Rubens, un golpe, con la contera de la sombrilla, en un jarro de Sajonia, el destrozado de un elzvir, la destrucción completa de bibelots valiosos... Lo único que en los estados de acometividad no tocaba, era el lote de las reliquias de Maximiliano.

El párrafo final del ensayo de Fernández Ledesma sobre la locura de Carlota desdobra la idea esencial de la compasión. No sin elegancia escribió: “Duerma, pues, la señora real que paseó en México su cauda de emperatriz. Duerma la soberana que, sin saberlo, nos hizo tanto daño. Duerma la princesa en la Única Paz. Y que su espíritu, entenebrecido en la vida sorda de seis décadas, haya recobrado su luz en otras regiones[...].”

No puedo sino estar en desacuerdo con Fernández Ledesma. La princesa esmeradamente educada para gobernar; Carlota, la preocupada princesa roja y formidable opositora de retrógrados, “pelucas viejas”, “mochos y cangrejos” nostálgicos de la Nueva Espa-

ña independiente, la mujer de empuje que buscó al papa y a Napoleón III para presionarlos moral y políticamente, la mujer crítica implacable que atormentada escribió casi 250 cartas impulsada por el reacomodo de las bases de su personalidad y del concepto de sí misma —develada en este libro de Laurence van Ypersele— no hizo más daño que otros mexicanos de antes y después. Y tampoco quiero pensar que la paz llegó con la muerte, sino con la reestructuración de su individualidad, con el invento singular e íntimo de su armazón propia, con su nuevo ego fuera del mundo y su aplastante historia. Fue, parafraseando a Nietzsche, humana, demasiado humana.

La empresa eléctrica

Carlos Marichal

Reinhard Liehr y Mariano Torres Bautista (eds.), *Compañías eléctricas extranjeras en México, 1880-1960*, México, BUAP/Bonilla Artigas Editores/Iberoamericana Editorial Vervuert, 2011, 238 pp.

No es ningún secreto que Mariano Torres y Reinhard Liehr han es-

tado impulsando un importante proyecto de investigación sobre las empresas eléctricas (dentro de un proyecto más vasto sobre la historia de las empresas extranjeras en México) desde hace muchos años, de manera pausada y, a veces, casi silenciosa. Pero ahora podemos ver los primeros resultados a partir de la publicación del libro que reseñamos, el cual está bien editado e incluye siete ensayos de excelente

factura. Los autores Liehr y Torres —que son a su vez editores— han redactado una introducción que es un excelente ensayo panorámico y unas conclusiones, dando así entrada y salida del volumen. El corazón de libro está compuesto por cuatro capítulos sobre distintas empresas eléctricas y tranviarias en diferentes regiones de México, escritos por Joel Álvarez, Alma Perra, Javier Ortega y Eduardo Frías.